

bres en las naciones bárbaras, que los ejércitos de los Príncipes que las han subyugado. El Paraguay no ha sido conquistado sino de esa manera. La dulzura, el buen ejemplo, la caridad y el ejercicio de la virtud constantemente practicada por los Misioneros, han movido á los salvages, y vencido su desconfianza y ferocidad: ellos han venido frecuentemente por sí mismos demandando instruirse en una ley que hacia á los hombres tan perfectos; se han sometido á esta ley y se han reunido en sociedad. Nada hace mas honor, que haber civilizado esas Naciones, y zanjado los fundamentos de un imperio, sin otras armas que las de la virtud.» (*Historia natural, discurso sobre las variedades de la especie humana.*)

«Nada iguala, dice Raynal, á la pureza de costumbres, al zelo dulce y tierno, á los cuidados paternales de los Jesuitas del Paraguay. Cada pastor es verdaderamente el padre, al mismo tiempo que la guia de sus parroquianos. Allí no se siente su autoridad, porque no ordena, prohíbe ni castiga, sino lo que castiga, prohíbe y ordena la Religion, que ellos adoran y aman, bajo un gobierno en que nadie está ocioso, nadie abrumado de trabajo; en que el alimento es sano, abundante, igual para todos los ciudadanos; que están cómodamente alojados, cómodamente vestidos; en que los viejos, las viudas, los huérfanos, los enfermos, reciben socorros desconocidos en el resto de la tierra; en que se gozan las ventajas del comercio sin estar expuestos al contagio de los vicios del

lujo; donde abundantes almacenes y socorros gratuitos entre naciones confederadas por la fraternidad de una misma Religion, son un recurso seguro contra la escasez; donde la vindicta pública jamás se ha visto en la triste necesidad de condenar un solo criminal á muerte, á ignominia, á penas de alguna duracion.» (*Historia Filosófica y Política tomo 3.º*)

Las *Reducciones* bajo la conducta de los Jesuitas, continuaban dando al mundo el espectáculo de la virtud y la felicidad, cuando emprendió Carvallo deshacerlas. Un tratado de cambio, proyectado y concluido en 1750, entre las cortes de Madrid y Lisboa, le suministró la ocasion. Ved ahora lo que habia preparado este tratado. Logró cierto aventurero persuadir á Gomez de Andrada, gobernador de Rio Janeiro, que en las *Reducciones* habia multitud de minas riquísimas, y que el cuidado que ponian los Jesuitas para impedir la entrada de los europeos en el pais, no tenia mas objeto que el que no viesen sus inmensos tesoros. En consecuencia imaginó él, un plan de cambio entre las dos coronas, segun el cual las siete *Reducciones* del Uruguay pasarian á la dominacion de Portugal, que por su parte cederia á la España la importante colonia del Santo Sacramento con su territorio. La fábula de las minas ya en otro tiempo se habia llevado á Madrid, donde se habia calificado de tal, á consecuencia de informaciones hechas en los mismos lugares. No examinó esto el Gobernador, y encantado con un proyecto que iba á ilustrar-

lo y enriquecerle, se apresuró á comunicarlo á la corte de Lisboa, asegurando que su ejecucion haria correr un rio de oro desde Uruguay á Portugal. El proyecto fué adoptado, con igual precipitacion por la corte de Lisboa, y propuesto á la de Madrid, á quien pareció el cambio demasiado ventajoso para no aceptarlo: ella cedia un pais estéril y adquiria una plaza importante que, por su situacion sobre la Plata, iba á cerrar á los portugueses la navegacion de este gran Rio, y toda comunicacion con el interior de la América meridional. La desgracia fué que ambas cortes sacrificaban los intereses de la Religion, quizá sin preverlo, una á la sed del oro, y la otra al aumento de fuerza y de poder.

Era una de las cláusulas del tratado, que los habitantes de las siete *Reducciones* cedidas á Portugal, abandonarían su pais é irían á establecerse lejos de él, á tierras incultas y desiertas. Esta cláusula fatal lo perdió todo. La proposicion que les hicieron los Misioneros Jesuitas fué muy mal recibida. «¿Con qué derecho, respondieron ellos, pretenden los españoles y portugueses lanzarnos de estas tierras que no recibimos de ellos sino de nuestros mayores? Si hemos abrazado el cristianismo, si hemos consentido en ser tributarios del Rey de España, solo ha sido bajo la condicion de que él nos dejaria vivir pacíficamente en nuestra pátria, y nos defenderia contra nuestros enemigos.» Per natural que fuese esta resistencia y á pesar de todos los esfuerzos que hicieron los

Jesuitas por vencerla, no dudó Gomez de Andrada en atribuirselo. Mientras que él los calumniaba para con la corte de Lisboa, y Carvalho se esforzaba en hacerlos sospechosos á la de España, hacian los Misioneros toda clase de esfuerzo para apaciguar á los neófitos, y mas particularmente á los Caciques, gefes de las colonias. «Seremos participantes, les decian, de vuestras penas y trabajos; os seguiremos por todas partes. Yá por vuestra salvacion hemos abandonado nuestros paises, nuestras casas, y todas las comodidades de la vida: consentimos ahora en abandonar nuestras habitaciones, nuestras Iglesias para conducirnos y fijarnos donde quiera que hagais vosotros alto. ¿Por qué rehusareis uniros á nosotros para inclinar al pueblo á la obediencia?» Estos discursos frecuentemente repetidos, y con el tono mas atractivo, hicieron impresion sobre los Caciques. Entonces los Jesuitas, despues de varias tentativas inútiles para encontrar por otra parte una comarca habitable, se dirigieron á las 24 *Reducciones* españolas del poniente del Uruguay, y rogaron empeñosamente á los Caciques de ellas que les vendiesen ó cediesen terreno. La proposicion no carecia de dificultad, porque aquellas, á quienes la dirigian, apenas tenian los pastos suficientes para sus ganados, y los emigrados que debian recibir eran 30.000, seguidos de mas de un millon de cabezas de ganado. Sin embargo de esto, las instancias de los Misioneros y la caridad de esas buenas gentes, todo lo allanaron y quedó convenido que se les cederia un sitio.

Durante el curso de estas negociaciones, el Provincial del Paraguay habia escrito al Rey de España representándole el estado de las cosas; y este Príncipe habia enviado orden terminante á su comisario Valdelyrios para conceder todo el tiempo necesario á los preparativos de la trasmigracion. Pero este, que solo se dirigia por los consejos de Gomez, criatura de Carvalho, se negó á toda espera. Las infelices colonias, á quienes no se habia dejado ni la libertad de sacar sus ganados, único recurso en los desiertos y selvas por donde debian atravesar, emprendieron su marcha; pero ostigados bien presto por las lluvias, pantanos, rios, bosques impenetrables, y principalmente por la carencia de todas las cosas, retrocedieron á sus habitaciones resueltos á no volver á salir sino por fuerza. Los Misioneros, lejos de resfriarse, convinieron entre sí que en un mismo dia y á una misma hora convocarian á los habitantes de la *Reduccion*, que los conjurarian con el crucifijo en la mano á someterse á lo que se exijia de ellos, y que arrojándose á sus pies no se levantarían hasta haber obtenido su consentimiento. Esta piadosa tentativa surtió al principio su efecto, aunque en parte; entretenció á los habitantes, y todos prometieron marchar con la condicion de que se les concediese el término de dos ó tres años. Pero se perdió bien presto el fruto de tantos esfuerzos, gracias á la perfidia de los agentes de Carvalho, que hicieron correr en las *Reduccion*es la especie de que los Jesuitas, sin sa-

berlo el Rey de España, habian vendido á los portugueses todos los habitantes, hombres, mugeres y niños, y por esta causa se manifestaban tan ardientes en apresurar la salida. Viéronse entonces los Misioneros en la posicion mas cruel: si dejaban de exhortar á las colonias á la sumision, estaban seguros de que ambas cortes los mirarian y tratarian como á rebeldes; si continuaban predicando la sumision, confirmaban las sospechas esparcidas contra ellos en las colonias, y corrian riesgo de que les quitasen la vida como á traidores. En efecto, faltó poco para que uno de ellos fuese víctima. Una multitud desenfrenada vino á su casa para asesinarle. Apenas tuvo tiempo para escaparse; su criado tardó en huir, y estos furiosos se arrojaron sobre él, y lo despedazaron sin piedad. De esta manera, esos pueblos tan suaves y dóciles en otro tiempo, atormentados en sus mas caras afectaciones, engañados con relacion á sus padres que sospechaban haberse convertido para ellos en crueles enemigos, habian perdido en pocos años, merced á tantas vejaciones, aquel espíritu de sumision y de simplicidad que los habia distinguido por tanto tiempo entre todos los pueblos del universo. Sordos en lo sucesivo á la voz de sus pastores, se prepararon á la resistencia mas rigorosa si venian á atacarlos. El furor se habia comunicado aun á las mugeres y niños, principalmente desde que Valdelyrios y Gomez, inflexibles en sus pretensiones, hicieron llevar á las siete *Reduccion*es una declaracion de guerra, que se or-

denó á los Misioneros les intimasen ellos mismos, con riesgo de su vida. Afrontaron ellos este peligro y escaparon de él; mas para caer en otro. El Obispo del Paraguay, obligado por los dos comisarios Valderyrios y Gomez, escribió á los Misioneros intimasen á las colonias que si no marchaban á los tres dias de recibidas estas cartas, lanzaba sobre ellas un entredicho general; que él declaraba á los mismos Misioneros privados de las facultades, y les prohibia administrar los Sacramentos, aun á los moribundos. Estas órdenes tan rigurosas y tan contrarias al espíritu de la Iglesia, no pudieron penetrar desde luego en las *Reducciones*, por lo bien custodiadas que estaban las entradas del Uruguay. Se les declaró á los conductores de las órdenes que serian muertos si no se retiraban. Por fin, un hermano Coadjutor Jesuita logró introducir las secretamente á la *Reduccion* de S. Nicolás (1). Inmediatamente que el Misionero las recibió (era Domingo) subió al púlpito y comenzó su lectura. Desde las primeras palabras se levantó en la Iglesia un ruido confuso de gritos y de quejas. La cólera se estampó en todos los semblantes. Los mas animados corrieron al púlpito, arrebataron la carta de las manos del Misionero, y lo registraron para ver si tenia

(1) Este pueblo fué el que mas se distinguió por su resistencia á entregar sus habitaciones y tierras á los portugueses; y quizá por esto ocurrió á los mercenarios libelistas agentes de Carvalho, imponer al supuesto Rey Jesuita el nombre de Nicolao. ¡Pobres gentes, víctimas de los engaños de hombres tan perversos, como ignorantes y falsos políticos! —EE.

otras: de allí pasaron á quemarlas al atrio. Durante el tumulto, el Padre se habia escabullido fuera de la Iglesia, y refugiándose á su casa. Esperaba ser inmolado al furor público, y se preparaba como buen religioso cuando los principales habitantes vinieron á decirle, que nada tenia que temer con tal de que continuase sus funciones. Al mismo tiempo se le puso una guardia con orden de seguirlo por todas partes, y lo mismo á su compañero, y de registrar bien cuanto entrase en sus casas. Las otras *Reducciones*, advertidas de lo que acababa de pasar en S. Nicolás, tomaron iguales precauciones, es decir, que trataron á sus Misioneros como prisioneros de estado. En la *Reduccion* de S. Nicolás espiraron los tres dias fijados para la emigracion, sin que nadie se aprestase á salir, de suerte que el Misionero dejó de ir á la Iglesia. Los Caciques vinieron á preguntarle por qué no decia misa. El respondió, por *sujetarme á las órdenes de vuestro Obispo. Esas órdenes son injustas*, le replicaron ellos con vivacidad, *es preciso decir misa, ó resolveros á morir de hambre.* En efecto, le cercenaron los víveres. Despues de algunos dias, el Padre, próximo á desfallecer de inaccion, se vió obligado á ceder á la violencia. La misma conducta se observó en todas partes con los otros Misioneros. Ellos avisaron á su superior y á los comisarios, del extremo á que estaban reducidos, y aseguraron con juramento que nada habian omitido de cuanto pendia de ellos para empeñar á las colonias á so-

meterse. Valdelyrios y Gomez fingieron no creer nada; pero el Obispo, arrepentido de la debilidad que lo habia hecho ser el instrumento de su pasion, levantó el entredicho. Esta justicia tardía no mejoró la suerte de los Misioneros. Siguiéron guardados y observados estrictísimamente. Pero aun cuando se hubieran dejado descuartizar, los comisarios no hubieran dejado de tenerles por traidores y rebeldes; mientras por el otro lado, las colonias desesperadas los acusaban de inteligencia con sus enemigos. Una de entre ellas se distinguió por sus excesos. Lejos de escuchar ó respetar á sus Misioneros, los insultó altamente y les cercenó el alimento, de manera que faltó poco para que muriesen de hambre. Ni fué esto sólo: se azotó á sus domésticos y á sus amigos; en fin, el segundo Misionero fué atado á un poste para ser tratado del mismo modo, y si no llegó á sufrir las varas, gustó toda la ignominia de ellas.

Comenzó entre tanto la guerra. Los Caciques fueron á atacar un fuerte que los portugueses acababan de levantar sobre el territorio de las *Reducciones*. Estos fingieron rendirse, y por un rasgo de insigne perfidia, encadenaron á cincuenta americanos, que confiando en su buena fé habian entrado al fuerte para tratar; dieron muerte á parte de ellos, y enviaron los demás á Gomez. El comisario los hizo comparecer para tomar informaciones sobre la conducta de los Jesuitas. Los primeros de los prisioneros á quienes se sujetó al interrogatorio, sostuvieron que los Jesuitas

no eran traidores ni rebeldes, y que, por el contrario, habian hecho toda diligencia para obligar á las colonias á partir: esta respnsta les atrajo ser tratados como impostores y condenados al último suplicio, y aun se aparentó conducirlos á él sobre la marcha. Los otros, espantados por la suerte de sus camaradas, declararon todo lo que se queria de ellos. Todas estas declaraciones fueron enviadas á Carvalho que las hizo imprimir, añadiendo á ellas nuevas calumnias, entre otras, la fábula del Rey Nicolao. Muy poco despues, avanzando Gomez en el pais, fué sitiado en su campo. Si los Caciques se hubieran sabido aprovechar de sus ventajas, lo hubieran reducido á rendir las armas; pero cometieron la necedad de suministrar ellos mismos víveres á los portugueses en cambio de las baratijas que estos les daban. Unos socorros tan precarios no sacaban á Gomez del mal paso en que se habia metido. No pudiendo ni continuar en esta peligrosa posicion, ni salir de ella, no encontró otro recurso que el humillante para él, de escribir al superior de la *Reduccion* mas inmediata, conjurándolo á venir cuanto antes á sacarlo de las manos de sus enemigos. Su carta es del mes de Diciembre de 1754. El superior á quien la escribió, ayudado de sus hermanos, logró conseguirle de los Caciques el permiso de retirarse.

El acreditó su reconocimiento á los Misioneros: interceptando las cartas en que el superior y el gobernador del Paraguay daban cuenta á la corte de Es-

paña del estado de las cosas, y escribiendo despues, de acuerdo con Valdelyrios, quanto juzgó apropósito para apoyar las calumnias precedentes. Entre tanto, un ejército de portugueses y españoles se acercaba á las *Reducciones*. Los americanos, reducidos á la desesperacion y sin escuchar mas que á su furor, atacaron al ejército confederado con un encarnizamiento que les fué funesto. La artilleria hizo un gran destroz; casi todos quedaron muertos y prisioneros. A la nueva de este desastre, mas de la mitad de los 30.000 habitantes de las *Reducciones* se dispersó en los bosques y sobre las montañas, donde la mayor parte no podia evitar el morir de miseria. Los otros permanecieron por la persuacion de los Jesuitas, mientras que estos, seguidos de los Caciques, fueron á implorar la clemencia del vencedor para este desgraciado pueblo. Afortunadamente ese vencedor no era ni Gomez ni Valdelyrios, sino el gobernador del Paraguay que concedió á los Caciques, completa amnistia, aunque con la condicion de que abandonarían inmediatamente las siete *Reducciones*, para retirarse á las españolas mas inmediatas.

Luego que Gomez se vió dueño del pais, su primer cuidado fué registrar por todas partes, para descubrir las minas de oro y plata, que eran la ocasion de tantas vejaciones contra los Jesuitas y de tantas desgracias para las colonias. Creía realizar las lisonjeras esperanzas con que habia alhagado á la corte de Portugal, pero en vano rastreó todos los llanos, re-

gistró todos los bosques, subió á todas las montañas, sondeó todos los lagos y todos los rios; fueron inútiles tantas pesquisas, y no se encontró la menor apariencia de minas. Reconociendo, en fin, que habia sido víctima de una pueril credulidad, hubiera querido de buena gana, para ocultar su vergüenza y prevenir una desgracia, que el tratado de cambio se hubiese roto. Se abatió hasta conjurar á los Jesuitas que trabajasen en desvaratarlo. Estos no juzgaron apropósito secundar las miras interesadas de un hombre, cuya insaciable codicia y loca ambicion, habian causado la desgracia de todo un pueblo.

Ellos, conociendo lo que debian á su reputacion calumniada y ennegrecida de tantos modos, habian rogado al general español mandase hacer informaciones sobre la odiosa imputacion que se les habia hecho, de haber mantenido la resistencia de las colonias; pero él se excusó, por el temor de indisponer mas á Valdelyrios y Gomez, que ya lo habian acusado de haber recibido de ellos una suma de dinero para que prolongase la guerra. Pero los Caciques suplieron este silencio forzado, declarando todos, ante un Notario apostólico, 1.º que sus PP. lejos de empeñarlos en la resistencia, se habian opuesto á ella con todas sus fuerzas, y aun sufrido por esto muchas vejaciones; 2.º que los testimonios dados contra ellos ante Gomez, eran absolutamente falsos, y que se los habian arrancado por el temor de la muerte con que los amenazaban.

Mientras esto pasaba, llegó á las *Reducciones* el Sr. Cevallos, nuevo gobernador del Paraguay. Los Jesuitas renovaron ante él la súplica que inútilmente habían hecho á su predecesor, de que se hiciesen informaciones jurídicas sobre la conducta de ellos respectiva á la emigracion. El Sr. Cevallos no se declaró sobre esta demanda, pero tenia ya formados sus designios. Desde la primer noticia de su arribo, los americanos refugiados en los bosques enviaron á implorar su clemencia: él les contestó que estaba dispuesto á escucharlos, pero que era preciso fuese en una asamblea general. Erigióse, pues, en la plaza pública un estrado, donde presidió estas Juntas, asistido de Valdelyrios y de otros cuatro oficiales españoles, cómplices de éste último. Al pie del Tribunal estaban los Caciques, y tras ellos una multitud de habitantes de las siete *Reducciones*. El gobernador entonces preguntó á los Caciques si habían ignorado las órdenes del Rey, y si los Misioneros habían aprobado su resistencia. Ellos declararon sollozando, que habían sabido demasiado bien esas órdenes, que los Jesuitas los habían impuesto bastantemente en ellas, y no habían cesado de exhortarles á que se sometiesen, pero que ellos y las colonias se habían obstinado en rechazar sus consejos; que viendo se les negaba el tiempo necesario para la emigracion, ya no habían escuchado mas voces que las de su desesperacion; que se habían determinado á la guerra contra la voluntad expresa de sus Misioneros, y para

vengarse de las reconvenções que les hacian, los habían privado de la libertad y aun maltratádoslos. A estas palabras toda la multitud, lanzando gritos lamentables, confirmó la deposicion de los Caciques. El Sr. Cevallos, satisfecho con esta solemne declaracion, despidió á la asamblea, y se contentó con observar el embarazo de Valdelyrios y de toda su cabala, que estaba plenamente confundida. Verificóse esta asamblea en 1757. Hasta dos años despues su bió Carlos III. al trono de la España, y rompió ese funesto tratado, que jamás fué de su aprobacion. Pero el mal estaba hecho, y sin remedio. Los habitantes de las infelices *Reducciones* habían perdido en estas revueltas, no solamente sus bienes, sino la inocencia de costumbres, el gusto á la piedad, la dulzura, la docilidad, la simplicidad. En vez de estas preciosas cualidades que despues de casi dos siglos los distinguian, trajeron á sus casas la mala fé, la perfidia, la corrupcion de los europeos; estos vicios y muchos otros formaron desde entonces un obstáculo casi insuperable para los progresos de la fé en esas vastas comarcas, donde había florecido tanto y por tantos años. Los Jesuitas estaban plenamente justificados en América de las calumnias de Carvalho, por las deposiciones que hemos referido, y lo estaban tambien en España por el juicio que condenó el libelo de éste á ser quemado por mano de Verdugo, y por otros tres decretos que se publicaron en 1755, 1759 y 1761.